José Donoso.

errante que soy, después de vivir años en América del Norte y en Europa, con toda la serie de implicaciones que arrastro conmigo, me incita a tratar de descubrirme y aun explicarme, inmerso de lleno en esa nueva etapa que desconozco y no sé qué puede dar de sí. Pero por el momento voy a escribir un libro de ensayos literarios, que me abrirá un margen de descanso como de siete u ocho meses, antes de emprender una nueva novela. Aunque sería como me dé abandono el proyecto que te digo y la empiezo cualquier día. El hecho de haber arraigado aquí me obliga a plantear mi vinculación con Chile de una manera diferente. Si hasta ahora lo he llevado conmigo, oculto en las vísceras, en adelante no puedo saber cómo operará su presencia en mí. Es la experiencia que me queda por asumir, porque en «El obsceno pájaro de la noche» creo haber superado definitivamente la etapa de los recuerdos, de los afectos, de los traumas, incluso de la propia lengua, y ahora me resta averiguar cómo se me va a presentar el futuro, seguro de antemano de que a Chile no sé volver y a un mundo del que huyo y vuelvo premisiblemente. Las consecuencias de esa bipolación es lo que me propongo experimentar. ¿Política? Prefiero no hablar de política. No te importa, ¿verdad? Es que, de hecho, nunca me ha interesado. En cambio a María Pilar sí fascina. Yo prefiero el hombre, todo lo que le concierne de una manera profundamente individualizada; cuando observo una persona, me pregunto por qué cruza así las piernas, en qué estará pensando, cuáles son sus problemas íntimos, a quién espera, y así, ¿entiendes? En política sólo ha habido dos cosas o acontecimientos de enorme repercusión, que por motivos distintos han logrado impresionarme hasta límites indecibles: la invasión rusa a Checoslovaquia, la elección de Allende con la magnífica reacción de la masa del pueblo chileno, consciente de que con él iniciaba una de las experiencias más fascinantes de Latinoamérica, y el empleo del napalm en Vietnam.

Misiá Elisa Grey de Abalos, reencarnación novelística de la abuela de Donoso, hace también acto de presencia en este banquete mitológico-imaginativo que entre los tres hemos elucubrado en torno a un velador de café. Los rostros de José y M.ª Pilar se metamorfosean con tan inaudita celeridad que me hacen dudar de la verdadera entidad de los seres que van sucediéndose ante mis ojos atónitos; lo mismo es la Rita, que misiá Raquel Ruiz, que la perra amarilla, el espectro de don Jerónimo, que el roto de Humberto o el monstruoso Boy, mientras los ojillos de Donoso, habituados a la sordidez del inframundo exento de causas ni efectos, implicaciones ni referencias, sin claves ni resortes que hagan posible el trasplante, asumen la dimensión de un minotauro iluminado, que brinca con la mente abierta a la locura de la imaginación y el esteticismo por entre montañas de ruinas y residuos malolientes acompañado de las sarcásticas risotadas de Boy, el único y verdadero monstruo «normal» que permanece ante mí, al otro lado de la mesa, y en un postrer gesto de afirmación ingiere un largo, larguísimo y paladeado sorbo de coca-cola. Y me habla con notoria modestia del festival surrealista que acaba de protagonizar.

Letras catalanas

Pere Gimferrer

La poesía última de Joan Vinyoli

No creo que la difusión y el conocimiento de la poesía de Joan Vinyoli entre el común de nuestro público lector le hayan hecho enteramente justicia hasta el presente. Sin duda, este poeta no ha obtenido todavía del todo la audiencia a que le hacen acreedor sus cualidades. Habrá que atribuirlo quizás a lo espaciado de su producción: desde 1951, año en que obtuvo el Premio Óssa Menor con «Les hores retrobades», había publicado únicamente dos libros muy distantes en el tiempo —«El callat», en 1956, y «Realitats», en 1963— hasta este «Tot és ara i res» (1), que motiva el presente comentario. Por otro lado, los libros de Vinyoli, agotados hace ya tiempo, no han sido nunca reimpresos, y los lectores más jóvenes o sencillamente desmemoriados deben fiarse de vagos recuerdos o de muestras recogidas en antologías. Un último factor debe, en fin, tenerse en cuenta: la poesía de Vinyoli posee características muy peculiares; no es, ciertamente, de las más fáciles y va destinada antes a un grupo de *happy few* que a un público mayoritario.

De entre los poetas catalanes dados a conocer en los años treinta, Vinyoli es, posiblemente, el que ha seguido una trayectoria más compleja y evolutiva. Sin desmentirse a sí mismo, ha sido sucesivamente por lo menos dos poetas bien diferenciados. Antes de «Realitats» era un poeta de forma predominantemente clásica, de dicción noble, aunque nunca enfática, de acento maragalliano y ribiano, influido poderosamente por la mejor poesía alemana de raíz metafísica, ya fuera Hölderlin o Rilke. «Realitats» daba a conocer, por lo menos en parte, a otro poeta: surgían los temas de la vida cotidiana, el acento narrativo y, sin olvidar lo aprendido anteriormente, otras influencias —Brecht, el primer Eliot, Gabriel Ferrater— parecían abrirse paso en el poeta, que no por esto perdía su tono personal. Hasta «Realitats», en suma —si se me permite acogerme a una de tantas convenciones del lenguaje usual de la crítica literaria—, Vinyoli aparecía principalmente como un heredero o continuador de la tradición de la poesía simbolista europea; a partir de «Realitats», su mundo se integraba en una visión realista. No se trataba de una ruptura, sino de un desarrollo o desenvolvimiento orgánico. Entre los poetas de su grupo generacional, pocos han obtenido de este proceso evolutivo resultados tan válidos como Vinyoli, y quizá ninguno ha poseído un tan elevado espíritu autocrítico. Este espíritu autocrítico se hace patente, ante todo, en la misma estructura interna de los poemas que componen «Tot és ara i res». Entre sus influencias capitales, Vinyoli ha reconocido siempre la de Eliot. Antes que un poeta, Eliot es, desde luego, un «profesor de poesía» y, tanto como poemas, escribe ensayos acerca de lo poético. Su principal lección —por lo menos para los que vemos en los «Four Quartets» la culminación de su obra— reside en su capacidad de autodistanciamiento, en su voluntad de hacer del poema una descomposición prismática de sí mismo: a la vez una obra de creación y su crítica. (Por supuesto, ahí reside a la vez en último término su limitación final como poeta: diríase que, semejante a los filósofos paralizados por discusiones metodológicas, le es imposible pasar del todo de la reflexión a la acción.) Así, en «Tot és ara i res» encontramos, ante todo —y ésta es una de las características más frecuentes, y también más angustiosas, del arte moderno— una estructura cambiante, en perpetua interrogación. Si el poeta duda de su identidad, los poemas parecen dudar de sí mismos, y se resuelven en preguntas. Así, en «Interludi»: «... les paraules / importen sobretot pel que darrera d'elles / s'amaga de sentit. No temis / d'usar llenguatge si tens ja ben fermentat /al cup el vi...»; o en «Algú que ve de lluny»: «Fes-me el favor de creure, / no pas en mi, de creure / que les coses per mi són per ser dites / que jo encara m'assajo / de dir-les amb paraules difícils de trobar, / que quan les trobo ja no hi ha les coses / i em quedo sol». Pero, paralelo al tema de la interrogación sobre el sentido de la poesía —que da lugar a unos poemas extremadamente complejos y ricos en referencias, en algún caso incluso explícitas o explicitadas en nota—, aparece, como acabo de señalar, otra interrogación más profunda: la existencial. No es uno de los aciertos menores de Vinyoli la capacidad de obtener los más elocuentes efectos de contraste de la introducción en un contexto realista y coloquial —servido por un verso de admirable fluidez, elegancia y precisión— de una pregunta, una única pregunta, la única pregunta que de hecho es capaz de formular la metafísica: el sentido de la existencia humana. Así, en «Queralps» («Jo parlo baix amb mi, / davant l'espessa cara / que em torna el mirall. Què sóc»), o en uno de los mejores poemas del libro, «Des del talús» («La vida, qui la viu? No un jaç / banal, no boques de diner, / sinó robins en la quieta / palma indefensa d'una mà capaç / de retenir-los i meravellar-se'n»). De ahí deriva en buena parte la capacidad poco común de Vinyoli para suscitar un clima de duda, angustia e incertidumbre, por los medios más discretos y eficaces.

El tema de «Tot és ara i res» está en buena parte contenido en su título. Escrito después de los cincuenta años, en un momento presumiblemente tan crucial para el hombre como para el poeta, el libro constituye a la vez un acto de afirmación, de fe en el presente, y un mensaje de renuncia. Su temática es a menudo dura, conflictiva, crepuscular: son los naufragios y accidentes de una vida, los momentos de crisis, las caídas, transcritas con un acento de impresionante sinceridad, con insólita crudeza. Así, en «Nessos»: «Ho dic amb violència / mal continguda mentre cau en sord / estrèpit, lluny, desfeta en pols / la pira de nosaltres», o más aún, en «Versos molls»: «Malament t'ho cous: / els bronquis ja no poden suportar / més fum, ni les entranyes / mixtures oloroses, ni la seca / força del rom. Callar-ho per als altres està bé, / però callar-nos-ho tu i jo, cos meu, / cos únic meu i sols per una / sola vegada, no, no ens enganyem».

Estos poemas de Vinyoli, con recurrir únicamente a imágenes y lenguaje realista —o, a lo sumo, a parábolas de raíz brechtiana— no desmienten en nada, en el fondo, al poeta de ascendencia hölderliniana o rilkeana de sus libros de juventud. Los años han añadido amargura a su voz, ciertamente, y han despojado a su poesía de todo despliegue sensorial que no sirva a las necesidades estrictas del desarrollo del tema, pero el espíritu sigue siendo el mismo. A menudo, y quizá muy particularmente en nuestro país, se ha tomado por evolución lo que no era sino pura y simple ruptura de la trayectoria de un poeta que había agotado su ciclo o sucumbía a los cantos de sirena de la moda. «Tot és ara i res», en cambio, ofrece un ejemplo singular de coherencia en una obra poética sólida y personal que ha sabido obedecer a su dinámica interna y hacerse al margen de los azares del gusto de cada momento. Poseedor de un lenguaje excepcionalmente seguro, que mantiene sus rasgos a través de toda una compleja evolución estilística —aparentemente el Vinyoli de 1971 debe muy poco al de 1951: nadie dudará, sin embargo, de que es inequívocamente el mismo poeta—, Joan Vinyoli ha conseguido con «Tot és ara i res» una de sus producciones poéticas más logradas, que puede dirigir la atención hacia la figura solitaria de este poeta, ausente durante casi diez años del censo de nuestras publicaciones.

(1) Ed. 62. Barcelona, 1970.